

MARCEAU MILLER

LA NOVELA DE MARCEAU MILLER

Traducción de:
MARÍA JOSÉ ENGUIX TERCERO



MAEVA | NOIR

*La vida se acorta o se alarga
proporcionalmente a nuestro coraje.*

Anaïs Nin

Prólogo

UN RAYO ME taladra el cerebro, un golpe violento contra el cráneo me hace perder el equilibrio. Estoy a doscientos metros de altura sobre el vacío, escalando un macizo rocoso que conozco bien. Mis uñas arañan el granito, mis manos se sueltan. En este instante comprendo que todo ha terminado. Por el placer del desafío, por orgullo quizá, siempre he trepado a pulso, sin acordarme. Sabía que un día lo pagaría caro.

Primero veo el cielo. Luego, cien metros de pared desfilan en unos cuantos parpadeos. Apenas distingo la silueta que desaparece detrás de la cima que estaba a punto de alcanzar. Es una figura que me resulta conocida. Acaba de provocar mi caída al vacío, y voy a morir. Es extraño, pero un pensamiento me apacigua: voy a reunirme con mi hermana. Hace veinte años que se fue; nunca habría imaginado al levantarme esta mañana que hoy haríamos planes juntos.

Me llamo Marceau Miller y soy un novelista de éxito. Mañana, en mi página de Wikipedia, justo debajo de la línea que reza «Nacimiento», se podrá leer: «Fallecimiento: 16 de mayo de 2021 (a los 40 años)». Por ironías de la vida, he pasado años escribiendo como si cada día pudiera ser el último. Dejo atrás el manuscrito más importante de mi vida. Como si una parte de mí hubiera sentido este momento, anticipando la imprevisible

cita con el destino. La parca no te envía una carta certificada para avisarte de la fecha y la hora de tu muerte. Le dejo el manuscrito a Sarah, a los otros. Ellos verán lo que pueden hacer con él. Les debía la verdad.

Mi cuerpo flota en el aire, he perdido el control. El suelo se acerca a una velocidad vertiginosa. Se me encoge el corazón pensando en mis hijos, Hermione y Benjamin, y en mi mujer, Sarah, con quien lo he construido todo.

Diviso mi camioneta a los pies de la pared rocosa y comprendo que voy a estamparme justo al lado. Ningún otro pensamiento se me viene a la cabeza. No obstante, dicen que en semejantes circunstancias ves desfilar tu vida entera. Todos hemos tenido alguna vez esta horrible pesadilla: caes al vacío, sin un asidero al que aferrarte. Te despiertas con el cuerpo empapado en sudor y el corazón desbocado, con una sensación de malestar que te persigue durante horas.

Siempre me he preguntado si nuestro cerebro se desconecta antes de la colisión mortal. Dentro de unas centésimas de segundo, sabré a qué atenerme.

Cincuenta metros.

Diez metros.

Tinieblas.

Primera parte

LA CAÍDA

Sábado 15 de mayo de 2021

Un día antes de la muerte de Marceau Miller

ACOMODADA EN LA mecedora de la terraza del chalé, levanto los ojos de la novela que me tenía enteramente absorta. Mi té sigue humeando. Es aquí donde me gusta estar, frente al Lemán, *mi* lago, como si me perteneciera. En cada una de las historias que escribe mi marido, nada anuncia la tormenta que se abatirá sobre sus personajes. La trama suele ser engañosa y te golpea de lleno. Le doy un sorbo al Saint James, un té negro con cuerpo y notas de chocolate, y dejo la taza en la mesa. Es el vigésimo libro que Marceau escribe y todavía consigue sorprenderme. A veces me cuesta desentrañarle, pero hay que reconocerle una cosa: su éxito es merecido. Maneja el suspense como nadie. Con demasiada habilidad, incluso. En todas partes y a todas horas.

El rugido de un motor me saca sin remedio de mi lectura. Una embarcación se acerca al muelle que hay al fondo del jardín. Yo misma la revisé la semana pasada, forma parte de la flota de barcos que poseo con Karen, mi socia. El pequeño fueraborda no es nada más que un cascarón de nuez remendado que nunca nos atreveríamos a alquilar a nuestros clientes, pero hace las delicias de nuestros hijos. A veces lo uso para ir a la agencia, bordeando la ribera hasta Yvoire. Tardo un cuarto de hora más que en coche, pero resulta tan práctico para transportar material como la vieja camioneta de Marceau.

Benjamin está al mando del fueraborda. A sus diez años, es bueno maniobrando, pero se acerca demasiado deprisa al embarcadero para mi gusto. Marceau mueve los brazos. Debe de estar diciéndole que aminore la marcha. Respiro de alivio cuando el barco se desliza sin trabas junto al muelle. Han notado mi presencia. Los tres me saludan efusivamente con la mano. Sonrío y les devuelvo el gesto. Hermione, la primogénita, apostada a la proa, baja al embarcadero de un salto y atrapa la amarra que su padre le lanza. Yo superviso la maniobra. El muelle sobre pilotes no es muy ancho; sus largas patas de madera se hunden en las profundidades para arraigarse en los pegotes de hormigón incrustados en una mezcla de cieno y guijarros verdosos. En esta estación del año, cuando el sol sigue calentando con fuerza, los listones de madera no resbalan, por lo que no hay peligro. Benjamin apaga el motor y va junto a su padre y su hermana.

Cierro el libro sin ponerle siquiera un marcapáginas. He memorizado el número de hoja. Cuarenta, la edad que tenemos Marceau y yo. En la página cuarenta, la cosa ya pinta mal para los personajes. Solo es el principio, no me cabe la menor duda.

Me levanto y me desperezco. La pérgola da una sombra fresca en la terraza, construida por mi abuelo, ebanista; fue su última obra antes de dejarnos inesperadamente hace una decena de años. El revestimiento exterior del chalé, en parte cubierto de vegetación, le da un aire de casa de verano. El jardín se extiende a lo largo de casi ochenta metros, rodeado de un bosque en estado salvaje y de un seto también abandonado a su suerte. Cuando hace bueno, el césped conserva el verdor una buena temporada gracias a la proximidad del lago. Lo cortaron hace poco y una franja de arena gris y guijarros lo bordea en la orilla del río. Voy donde los niños. Benjamin sale corriendo hacia mí contándome ya sus aventuras, pero como está demasiado lejos no oigo nada. Hermione y su padre vuelven cargados con el material de buceo.

—¡He bajado cinco metros con papá! ¡He visto una farra así de grande!

Los brazos de mi hijo son demasiado cortos para abarcar el *enorme* pez que ha vislumbrado en el lago. Marceau llega a mi altura y me planta un beso en la frente. Sus labios conservan todavía el frescor del Lemán. Benjamin le tira de la manga para que confirme su relato sobre el descubrimiento del milagro de escamas brillantes. Hermione lo sorprende encajándole en la cabeza la gorra que ha dejado caer tras él. En este instante, experimento la fragilidad de la dicha, tan fugitiva como un pez que desaparece en las profundidades. Da vértigo. Soy consciente de qué es aquello que más aprecio y de lo mucho que me dolería perder a cualquiera de estas personas. La felicidad nos tiende la mano sin previo aviso. Puede retirarla con la misma rapidez.

—¿Sarah?

Marceau me sonríe y se aleja para quitarse el equipo de buceo. Capto su mirada, tengo la impresión de que puedo leer en sus ojos lo que siento. Él conoce el precio y la inconstancia de estos momentos mejor que nadie: ha pegado muchos fragmentos de alegrías que se quebraron. Me recuerda a ese arte japonés que consiste en reparar la cerámica rota, el *kintsugi*.

Casi diría que puedo seguir con el dedo las cicatrices de oro que sus recuerdos han dejado en él.

2

Sábado 15 de mayo de 2021

Un día antes de la muerte de Marceau Miller

LA AGUJA DEL reloj del salón no marca aún las ocho de la tarde. Su tictac familiar se difumina, amortiguado por un ruido procedente del exterior. Cae la tarde y percibo los faros de varios vehículos que se filtran a través de los arcos de la alameda. El ronroneo sordo característico del coche deportivo de Alexis hace vibrar los cristales de la antigua biblioteca que heredé de mi abuela Louise. Por la ventana, veo que sale de su bólido luciendo una amplia sonrisa. Alexis, fiel a sí mismo. Benjamin ya está dando vueltas alrededor del reluciente vehículo. Alexis lo atrapa y lo levanta de los pies como a un muñeco de trapo. Oigo sus carcajadas y sonrío. Luego ambos se lanzan a una carrera frenética y desaparecen hacia el fondo del jardín entre gritos.

Marceau baja por las escaleras pintadas de blanco, el color dominante del interior de nuestra casa. Me gusta la luz. Los ventanales que dan al lago y el reflejo de las montañas permiten que no lo perdamos nunca de vista. He acondicionado el chalé como un loft en la planta baja: cocina americana moderna en contraste con el resto, más antiguo, y abierta hacia el salón y el rincón de lectura. Un salón espacioso, quizá un poco recargado de muebles, no tengo reparos en reconocerlo, pero cómodo y cálido. Marceau se sienta a mi lado en el sofá. Me toma en sus brazos; sé que adora mi sonrisa. Me sonrío de vuelta sin desviar la mirada.

—¿Estás preparado?

—Nunca estoy realmente para estas veladas, lo sabes de sobra. Preferiría meterme bajo las sábanas contigo.

Siempre me enternece, el muy bobo. Mi fase preferida es: entre el momento en que termina una novela y el momento en que desaparece en una nueva. Es ahí cuando lo recupero, cuando más cerca nos sentimos el uno del otro.

—¿Entonces por qué te empeñas en organizar este ritual todos los años por el lanzamiento de tus novelas?

—El ritual, Sarah, es la clave de un escritor. Un escritor sin ritual es un escritor muerto.

—¿Te has vuelto supersticioso? En serio, ¿de qué tienes miedo? ¿De que se termine? ¿De dejar de gustarles a tus lectores?

—Segunda cuestión, preciosura de mujer: un escritor que no tiene miedo es un escritor acabado. Siempre hay que escribir con cierto temor subyacente a la pasión.

—Magnífica salida, deberías apuntártela para tu próxima entrevista... Mira, precisamente aquí llega tu editor. Antes de hora, como siempre. A él, en cambio, le encantan estas veladas. Y sobre todo, mis empanadas de queso de cabra. A este paso, dentro de poco no se le verá el cinturón.

Édouard Payet, de bonachona corpulencia, recorre con los ojos la fachada del chalé, como si dudara entre entrar o no. Pero yo sé que está pasando revista a toda la casa. La carpintería, los ventanales, las estructuras de soporte del tejado, el balconcillo de arriba, la terraza, la descuidada vegetación. Siempre le ha gustado este lugar, la guarida de su autor estrella. Llama a la puerta y salimos a recibirlo. Tras los pasos del editor, *Freud*, su corgi galés entra contoneándose en el pequeño vestíbulo que he despejado para la ocasión de todos los trastos que Benjamin siempre deja por medio. Las uñas del perrito patinan sobre el parqué brillante. Paticorto y tirando a rollizo, ladra sin cesar y se parece a su amo. Ambos tienen el ojo puesto en las vituallas

que se adivinan un poco más lejos, en la isla de la cocina. Me pinchan y no sangro: Édouard ya tiene un puñado de cacahuets en la mano. Y yo preguntándome dónde había dejado el cuenco. Es evidente que lo ha encontrado. Con un gesto rápido, se los lleva a la boca y los traga sin mastincarlos, como si fueran pastillas. Es un ogro, pero con una sonrisa jovial y una labia que desarma.

—¡Sarah, Marceau! Cada año espero feliz este día. ¡Sigue todo igual! Y así debe ser, es el secreto de mi escritor preferido.

Su sincero abrazo sigue siendo igual de viril, y adivino los granos de sal de los cacahuets que sus dedos han dejado en mi hombro; *Freud* no ha tenido tiempo de lamérselos. Édouard se inclina de repente hacia Marceau con una mirada cómplice.

—¿Te ha llegado mi regalito?

Miro a Marceau, que parece molesto. No sé de qué hablan.

—Escucha, Édouard, es magnífico, pero... no tengo una muñeca hecha para los relojes y... no me lo perdonaría si lo estropeo.

—Un Breitling Aviator, pero ¡si está pensado para ti! Sales a pilotar tu viejo Savage Bobber prácticamente todas las semanas. Marceau, ¡relájate un poco! Eres un currante y no te das los suficientes caprichos. Con todo lo que ganas, ¡puedes permitirte!

—Esta casa en el lago y la avioneta me bastan y me sobran. Tú me conoces, Édouard, si un día todo se para de golpe, así sin avisar, no quiero que me pille desprevenido.

—Podría publicarte con los ojos cerrados, Marceau.

—No lo hagas jamás.

—No te preocupes, que todavía no estoy senil. Y si el texto no fuera bueno, estate tranquilo, tengo buenos escritores fantasma.

La cara de Marceau cambia de forma imperceptible. Parece ensimismado en *su* mundo.

—Un accidente con un texto... Eso sería un choque mortal para mí, Édouard...

—Va, que te estoy tomando el pelo. Siempre estoy impaciente por saber qué vas a proponerme y lo sabes.

Le paso la bandeja de empanadas a Édouard y Marceau aprovecha para escabullirse. *Freud* levanta el hocico, esperando las migas, pero Benjamin llega corriendo y lo desvía de su objetivo. Mi hijo acaricia la cabeza del perro y se lo lleva llamándolo jovialmente.

Édouard ha engullido el último bocado con indisimulada satisfacción antes de dirigirse con paso ceremonioso hacia la terraza. El ritual del editor puede empezar; ritual que practica siempre lejos de mi salón, donde tolero mal las pesadas volutas que exhala. Del bolsillo interior de su chaqueta de *tweed* extrae con reverencia un Cohiba Behike 56, el santo grial de los aficionados a los puros, alojado en un estuche de cedro español.

Sus gestos son precisos, casi litúrgicos. Primero saca el higrómetro de bolsillo Xikar para comprobar que el nivel de humedad de la hoja exterior sea el adecuado. Luego, entre sus dedos expertos, hace girar el puro bajo su nariz, aspirando los efluvios de cuero y madera preciosa. El cortapuros de plata labrada —un regalo de Marceau— realiza un corte limpio, liberando las primeras notas terrosas. Édouard observa con atención el corte, cual enólogo escrutando el color de un buen vino.

Su mechero ST Dupont produce la llama azul característica. Empieza el ritual del encendido: la llama lame con delicadeza el pie del puro, preparando el tabaco. A continuación, Édouard hace girar lentamente el Cohiba sobre la llama, en una coreografía medida al milímetro. Las primeras bocanadas se elevan con la promesa de los complejos aromas que están por venir: notas de café torrefacto, cacao amargo y especias orientales.

Una sonrisa de complacencia se dibuja en los labios del editor mientras da las primeras caladas con los ojos entornados, saboreando el momento como se degusta un instante de eternidad. El éxito venidero de la nueva novela de Marceau se mezcla ya con las estelas de humo que se elevan en el aire del atardecer y danzan sobre la quietud del lago.

SUBO EL VOLUMEN del estéreo; muy pocas veces aprovechamos la potencia de estos aparatos. El sonido colma la casa y se propaga hasta el lago. Algunas tardes me gusta romper el silencio, inundar el chalé de ruido y alegría. Veo a Karen bailando en la terraza con su hija, Zoé, y la mía. No las he visto llegar. Karen luce un mono con mangas de mariposa, holgado y de cintura alta, color cayena. Una tela vaporosa cuyo generoso escote favorece su esbelta figura, todo a juego con unos zapatos de cuña y tiras en los tobillos que casi la hacen alcanzar el metro ochenta. En estos momentos me arrepiento de no haberme puesto los pantalones de lino, que realzan mis curvas. Le doy un beso a Karen poniéndome de puntillas y guiñándole un ojo mientras rozo su traje, y me sonrío. Le pregunto dónde está Rollin, su marido, pero las niñas vuelven a acapararla. Entre dos pasos de baile, extiende el brazo en dirección al jardín. Allí, en el césped, Alexis se lleva a Marceau y Rollin, sus amigos desde hace veinte años, dispuestos a que salten chispas esta tarde. Alexis los azuca, copa en mano, y encadenan una serie de sugerentes contoneos. Rollin, que es corpulento y musculoso, sigue tan patoso como siempre, pero no se queda atrás. Es contemplativo, cariñoso por naturaleza, el soñador de la pandilla, imbatible en sus conocimientos sobre la flora y la fauna durante nuestras caminatas por el campo. Anticonformista hasta la médula, nunca ha renunciado a su libertad y va tirando con su *food truck*. Desde la escalinata, Édouard chupa su puro incandescente y exhala densas volutas de humo. Rostro luminoso, ojos clavados en Marceau. La verdad es que, en instantes así, siempre temo que ocurra algo que lo eche todo a perder, como en las novelas de mi marido. Una cosa son las falsas alarmas y otra los verdaderos dramas.

Las diez de la noche. El riego automático se acciona. Lo había olvidado y me sobresalto. Me salpican algunas gotas, se oyen gritos de diversión y sorpresa. Alexis retiene a Rollin bajo la

lluvia artificial mientras Marceau corre a grandes zancadas hacia el cobertizo para parar el sistema. Mientras los tres amigos divierten al público, mi hijo me tira de la manga para llevarme bajo las finas y refrescantes gotitas de esta cálida velada con tintes veraniegos. Recupero un poco la sobriedad; siento los fuertes latidos de mi corazón, pero respiro y me relajo.

La magia termina tan de repente como había empezado. La red de riego se ha detenido, los chicos están empapados. Alexis se quita la ropa e intenta atraer a Rollin hacia el lago. Este último opone resistencia al liante achispado y lo deja solo. Ya ha tenido lo suyo y va calado de la cabeza a los pies. Alexis, medio desnudo en la penumbra del vasto jardín, entre el haz de luces de la casa, lanza con guasa un último llamamiento al foro. Rollin niega con la cabeza mientras Alexis se pone a correr por el césped y desaparece de una zambullida en el lago convertido en noche. Al cabo de varios segundos, emerge de las profundidades con un ruidoso chapoteo, socarrón. Las salpicaduras hacen espejear la superficie, los puntos brillantes de las luces titilan sobre la inmensidad del lago. A lo lejos, las riberas suizas se dibujan como una serpiente iluminada. Sé que el agua está helada; ni siquiera bajo el efecto de unas cuantas copas es posible esquivar su frío mordisco. Lo más importante es que el lago no se lleve la vida de mis seres queridos. Una vez me escupió justo antes de morir ahogada. Le debo el haberme convertido en una nadadora experta, y cuento incluso con algunas medallas. Somos él y yo, como los bosques y las montañas que nos rodean, desde siempre.

Rollin lleva la ropa pegada a la piel, revelando sus hombros robustos.

—Me parece que ahora voy a necesitar una toalla.

—Idiota, no te bastará con eso —le digo entre risas—. Ya conoces la casa, ve al cuarto de baño y ponte algo del armario de Marceau. Eso sí, te quedará un poco apretado.

Karen se contagia de mi risa mientras Rollin entra en casa. Nos conocemos desde hace tiempo, a través de nuestros hombres. La amistad y la confianza mutua hicieron posible que nos asociáramos para crear una agencia de alquiler de barcos que hoy funciona como un tiro. A escasos metros de la orilla, Alexis silba y lanza su calzoncillo empapado al jardín. *Freud* no se hace de rogar y caza al vuelo la prenda mojada, que lleva hasta su amo. Alexis avanza hacia la ribera y sale del agua andando hacia atrás, volviendo hacia nosotros sus blancas nalgas. Karen es la primera en reaccionar:

—¡Alexis, los niños! ¡Te estás pasando!

Alexis continúa con sus fanfarronadas mientras se acerca al muelle, que utiliza como plataforma de lanzamiento para zambullirse de nuevo con exagerada torpeza. Benjamin empieza a desnudarse también, pero lo paro en seco. Decepcionado, vuelve a la orilla y apoya a Alexis, que, desde lejos, intenta convencerme de que me meta. Es una batalla perdida, chicos.

Rollin aparece un poco más tarde, seco, con ropa de Marceau que no le queda bien. Tengo la sensación de que le pasa algo extraño, ¿será el cansancio? Ha perdido la sonrisa y camina rápido, con una toalla enorme para socorrer a su amigo desnudo, que ha salido del agua y empieza a tiritar. La anatomía de Alexis no merece una toalla tan grande, pero tendrá un aspecto más civilizado si se cubre lo que queda de velada.

Los dos amigos se alejan unos pasos al fondo del jardín, protegidos por el follaje en la linde del bosque y no lejos del barco amarrado que sigue balanceándose tras las payasadas de Alexis. Parece que están en pleno cóncave. Espero que Alexis no lée a Rollin con otra de sus ideas retorcidas. Estas veladas tienen algo especial, y es que nos sumergen veinte años atrás, en la despreocupación de entonces. Marceau sale de casa con semblante serio, como si ya estuviera en otra parte: tiene esa cara de preocupación que conozco bien. ¿Por qué esta noche? ¿Sabré algún día

la respuesta a ese misterio? Las raras veces que he indagado sobre los sentimientos que lo atraviesan, me he hallado como al borde de un precipicio sin fondo. Es el límite de nuestra vida en pareja. Una regla tácita, una distancia de seguridad en ambos casos.

Es PASADA LA medianoche; el episodio del baño ha transformado el ambiente. El bufé resiste los últimos asaltos. Los ladridos de *Freud* llaman la atención. Con el pelo en punta, está plantado delante del bosquecillo contiguo al jardín. Édouard lo llama con un silbido, en vano. Al final decide ir a buscarlo. Los alrededores del chalé están poblados de animales nocturnos. Los niños a veces atisban alguno cuando se aventuran en el bosque.

Édouard regresa. En brazos de su amo, con la lengua fuera, parece que *Freud* ya lo ha olvidado todo. Édouard me da las gracias por la velada y le recuerda a Marceau el programa de las próximas setenta y dos horas, que incluye su participación en un importante programa literario de la tele y la grabación en estudio de un *spot* radiofónico. La jefa de prensa le comunicará su agenda actualizada para las firmas en librerías. Con el paso de los años he aprendido que el oficio de escritor solo es una forma de libertad condicional. Comparto a mi marido con Édouard, los periodistas, los lectores... Pero también con numerosos personajes de ficción. Si estos últimos pudieran desvanecerse de vez en cuando y dejarme un poco más de Marceau, me iría mejor. Que Marceau cierre el ordenador solo durante el tiempo que la máquina tarda en digerir el manuscrito que tiene entre manos no me parece suficiente. Pero no soy yo quien decide, y tampoco tengo la certeza de que esa decisión dependa realmente de él.

A LAS DOS menos cuarto de la mañana, todo el mundo se ha marchado. Muertos de sueño, Hermione y Benjamin han subido finalmente a sus cuartos. Llamo discretamente a la puerta del despacho de Marceau, su santuario. Oigo su voz queda al otro lado.

—Dame cinco minutos que termine un mensaje y voy.

En mi cabeza traduzco: media hora o una hora. Voy al cuarto de baño y me tomo un paracetamol. Cansancio, alcohol... El dolor de cabeza no se hará esperar. Estoy rendida pero satisfecha; la velada ha sido un éxito. Cuando me deslizo bajo las sábanas, me vencen el agotamiento y el ligero vaivén producido por el exceso de alcohol. No me gusta la idea de dormirme sin el calor de mi hombre a mi lado, así que me resisto. Le necesito. Me resisto un poco más, pero mi conciencia se desconecta.

3

Domingo 16 de mayo de 2021

El día de la muerte de Marceau Miller

LA PANTALLA DEL despertador indica con una luz borrosa las 5.10. Marceau no está junto a mí. Maldito escritor. Arrugo la frente, pero, vencida por el sueño, mis ojos vuelven a cerrarse.

8.15, LIGERO DOLOR de cabeza. Adivino el buen tiempo a través de las persianas. La luz me agrade. A mi lado, las sábanas ni siquiera están deshechas. ¿Ha dormido en su despacho o qué? Cruzo el pasillo de puntillas para no despertar a Hermione y Benjamin. ¿Qué madre no vela por el sueño de sus hijos? Marceau no está en su despacho. Me quedo en la puerta. Nunca pongo un pie dentro, por así decirlo: a él no le hace gracia.

Mi memoria lucha en la niebla de la mañana, rebusco en mis recuerdos; no me viene nada a la cabeza. Marceau tendría que estar aquí, conmigo. El salón está hecho un desastre, recojo aquí y allá algunos vestigios de la fiesta de la víspera y escruto el jardín: nadie. Salgo descalza a la terraza, frente al lago en calma que ninguna brisa viene a turbar. Nuestro pequeño fueraborda está atado en el embarcadero, solitario. La temperatura del aire es templada, casi como en el chalé. A lo lejos, frente al hangar, no distingo nuestra vieja camioneta y eso que ayer me pareció verla ahí aparcada. Doy una vuelta al chalé, en el silencio del

césped fresco que absorbe mis pasos. Siento la hierba fría cosquillearme la planta de los pies. Me acerco al hangar, que está abierto de par en par como de costumbre. Ahí está el Savage Bobber con su hélice reluciente y sus largas alas. De todas maneras, lo habría oído despegar en el prado vecino. La camioneta no aparece por ninguna parte. Giro sobre mí misma y echo un vistazo hacia el bosque y el camino que lleva a la carretera delante de casa. Con la voz aún adormilada, llamo a Marceau, pero solo un ave se manifiesta cerca de mí con un batir de alas, sobrevolando el chalé. Por un instante envidio su posición, por encima del mundo, y su punto de vista sobre el lago, sobre las montañas. ¿Puede atisbar a Marceau desde las alturas?

Una vez en casa de nuevo, abro los armarios del vestíbulo. Las zapatillas de deporte de Marceau están ahí, guardadas al lado de las mías, y compruebo, sobre todo, su mochila de escalada: vacía. Faltan sus calcetines y su bolsa de magnesio. Me estremezco, pero enseguida lo recuerdo: se deshizo de ella el día en que me prometió que dejaría de hacer solos integrales, sus escalofriantes escaladas sin cuerda, sin seguridad... y, sobre todo, desde mi punto de vista, sin conciencia. Las chaquetas y los abrigos están colgados en los percheros o en el armario. Si no se ha llevado nada, es que pronto estará de vuelta. Le envío un mensaje para recordarle de paso que tenemos que ajustar nuestros programas de los próximos días, entre sus obligaciones ligadas a la promoción de su novela y, por mi parte, los alquileres de barcos, que son continuos en esta temporada. Eso sin olvidar que los niños todavía no son independientes.

MEDIODÍA. ME AGOBIO pelando las patatas para freír que me reclama Benjamin. Y por décima vez como mínimo, respondo a los niños que no, que no sé dónde está su padre. En el país de las promesas, Marceau es el primer desertor. Hermione contaba

con él para instalar su sistema de alumbrado y Benjamin para el complejo montaje de su nuevo avión de radiocontrol. Les aconsejo que negocien compensaciones. No he recibido ningún mensaje nuevo en el teléfono. Lo llamo por tercera vez, pero su teléfono sigue sin dar tono: «Hola, este es el contestador de Marceau Miller...». Corto. Mi tono cambia con el quinto mensaje.

«¿Se puede saber dónde estás?»